

THOMAS BURKE

**NOCHES EN  
LIMEHOUSE**

TRADUCCIÓN DE GLORIA JURADO



Macleín *y* Parker

**Título original:** *Limehouse Nights*

**Primera edición:** noviembre de 2018

**Del texto:** © Thomas Burke, 1916

**De la traducción:** © Gloria Jurado, 2018

**De la portada:** © Gloria Rompo, 2018

**De esta edición**

© Maclein y Parker, 2018

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

[www.macleinyparker.com](http://www.macleinyparker.com)

**Edición y corrección:** Gloria Jurado, Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Maclein y Parker)

**Diseño de la colección y maquetación:** Antonio Abad (Maclein y Parker)

**Impresión:** Estilo Estugraf Impresores, S.L. Impreso en España / *Printed in Spain*

**ISBN:** 978-84-949161-4-4

**Depósito Legal:** SE-2091-2018

Esta editorial ha buscado, sin éxito, a los herederos de la propiedad intelectual de Thomas Burke. Por ello, el día que aparezcan sus legítimos herederos, esta sociedad se obliga a abonar los derechos de autor que en su caso correspondan.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

## NOTA DE LOS EDITORES



*Noches en Limehouse* se publicó en Reino Unido en 1916 y desde el primer momento recibió duras críticas por tratar temas considerados inmorales por ciertos sectores de la población en esa época. Las críticas vinieron tanto del colectivo de librerías como de la prensa, el libro llegó a prohibirse y Thomas Burke fue tachado de «agitador». Por suerte, artistas coetáneos como H.G. Wells o Charles Chaplin valoraron lo arriesgado de su propuesta, y directores como D.W. Griffith adaptaron algunos de sus relatos al cine mudo en películas que llegaron a convertirse en clásicos como *Lirios rotos* (1919).

Pero a los detractores de la obra no les molestaba la aparición de chicas menores de edad en situaciones poco decentes, la descripción abierta de vicios, delitos y decadencia general. Lo que escandalizó a la sociedad de la época fue la flagrante demostración de relaciones interraciales entre inmigrantes asiáticos y chicas blancas en el que se convirtió en el primer barrio chino de Londres y, además, la neutralidad con la que Thomas Burke relata todos estos temas.

Esta neutralidad incomodaba porque a principios del siglo XX comenzó a forjarse la idea del *yellow peril* o

«amenaza amarilla». Esta expresión conceptualiza la demonización de lo asiático y aparece en Occidente por el miedo a que China y Japón puedan intentar cambiar las tornas ante la colonización de los imperios europeos. Burke, lejos de caer ante esta visión racista de lo oriental como hizo Sax Rohmer en sus obras de *Fu Manchu*, se limita a contar como mero visitante (o habitante) lo que ocurre en Limehouse, y presenta un barrio más marcado por la pobreza que por la mezcla racial en el que *cockneys* e inmigrantes tienen las mismas posibilidades de sobrevivir, o más bien malvivir.

Es incontestable el valor literario de los relatos de Burkes por su estilo, por su exploración de temas incómodos y por su descripción de una comunidad alejada de las normas impuestas. Cien años después, con un contexto histórico diferente, sorprende y escandaliza la vigencia de muchas de las circunstancias que rodeaban la vida de las personas en situaciones de marginalidad o pobreza extrema, pero también alivia comprobar cómo cambia el enfoque de la sociedad en su tolerancia o no hacia estas realidades.

# NOCHES EN LIMEHOUSE



*A Caradoc Evans*

## EL CHINO Y LA NIÑA



Este es un relato de amor y de amantes que se cuenta en la penumbra de Causeway, que se desliza desde West India Dock Road hasta más allá de sus oscuras aguas residuales. También puede que lo escuche por Pennyfields y no tengo duda de que se cuenta en la lejana Taiping, en Singapur, en Tokio, en Shanghái y en esos otros lugares sorprendentes de luz alegre donde va la gente errante de Limehouse y de donde viene accidentalmente. Este es un relato de lágrimas que si lo oyese en la lengua de lirios de los amarillos despertaría en usted una gran compasión. En nuestro simple idioma perderá desgraciadamente su fragancia esencial, esa cualidad que eleva un romance en la miseria hasta las altas esferas de la pasión y la imaginación, de la belleza y la tristeza. No sonará convincente, quizás un poco... ya sabe, como esa clase de cosas que es mejor olvidar. Quizás...

Pero escuche.

Battling Burrows, el relámpago del peso wélter de Shadwell, la caja de sorpresas, el tetrarca del *ring*, es el primero en aparecer. Battling Burrows, el orgullo de Ratcliff, Poplar y Limehouse, y la desesperación de sus patrocinadores y mánager. Amaba el vino, las mujeres y las canciones, y el

mundo del boxeo tenía claro que no podría durar mucho así. Si dejase de derrochar su puñetero dinero en mujeres, quedaría algo para sus parásitos, pero desaparecía una y otra vez del gimnasio en vísperas de un gran combate para ir por ahí con Molly y Dolly, y para beber algo que no fuese agua de cebada o zumo de limón. Por eso Chuck Lightfoot, su mánager, lo obligaba a combatir en cada ocasión que tuviese mientras fuese bueno y supusiera una fuente de ingresos, porque en algún momento llegaría el fracaso y los acreedores llamarían a Chuck para que dejase de apoyar a su hombre y le quitase definitivamente la bata que le ponía en cada combate.

Battling era un tipo de hombre demasiado común en los barrios del este de Londres, el tipo de hombre que altera todas las clasificaciones aceptadas. No tenía etiqueta. Era una mezcla curiosa entre atletismo y degeneración. Podía correr como un ciervo, saltar como un galgo, pelear como una máquina y beber como una manga de succión. Era un matón con la valentía de un gran héroe. Era un tipo sociable y callejero con los vicios de un decadente francés.

Este relato comienza de hecho con una de sus aventuras amorosas, la de la chica que una noche llegó hasta Battling con un recital de sucesos horribles, un padre enfadado, un portazo... En sus brazos portaba un puñado de jirones blancos. Y claro que Battling, como tantos sensualistas, era también un sentimental. Cogió aquel puñado de jirones blancos, le dio dinero a la chica para entrar en el país y, desde hace once años, el puñado de jirones blancos ha vivido y sobrevivido en su domicilio de Pekin Street, en Limehouse. Su situación era indefinida; al observador

ocasional podría parecerle que era la pelota de entrenamiento a la que Battling golpeaba para descargarse, una situación desagradable para cualquier ser humano, especialmente si eres una niña de doce años y estás en la casa del relámpago de los pesos wélter que tiene una única habitación. Cuando Battling estaba enfadado con su mánager... Bueno, es indefendible pegarle a tu mánager o tirarle una silla, si es un buen mánager, pero emplear un látigo para perros con una niña pequeña es permisible y casi igual de satisfactorio o, al menos, así le parecía a él. En estos casos, entonces, cuando estaba muy enfadado con sus *sparings* o sobreexcitado por la victoria y el zumo de las uvas, le daba una paliza a Lucy. Pero su reputación entre sus amigos era la de ser un buen tipo. Solo azotaba a la niña cuando estaba borracho y solo estaba borracho ocho meses al año.

Durante algo más de doce años su pequeño y magullado cuerpo había reptado por Poplar y Limehouse. Su rostro blanco estaba siempre marcado de rojo o surcado por negras lágrimas; sus pasos y su mirada siempre a la espera de cosas terribles. Noche tras noche el sueño se le truncaba con la animada voz tosca y las manos violentas de Battling. Fueron terribles las lecciones que la vida le enseñó durante aquellos años. Aun así, incluso con su rostro hambriento y su aire paralizado, había una belleza oculta en ella, algo que te llamaba en la suave curva de su mejilla que pedía besos a gritos y que había sido alimentada a puñetazos, en la espléndida tristeza que crecía en sus ojos y en sus labios. El cabello castaño tintineaba contra su pálido rostro con la sonoridad de un verso. El vestido azul de algodón y los

zapatos rotos no podían arruinar el encanto de su esbelta figura ni la gracia tímida de sus movimientos cuando revoloteaba entre los sucios callejones del puerto, aunque en toda esa zona de vida desperdiciada y trabajo duro y decadencia no había nadie que se hubiese fijado en ella, hasta que...

Vivía en el barrio chino, en una repugnante habitación sobre la tienda del señor Tai Fu en Pennyfields, un errante hombre amarillo llamado Cheng Huan. Cheng Huan era un poeta. Él no lo sabía. Nunca fue capaz de entender por qué no lo aceptaban, y murió sin saberlo. Pero sí que era un poeta, teñido del materialismo de su raza, y en su pobre corazón a la escucha se despertaron extraños ecos de los que él mismo era apenas consciente. Contemplaba las cosas de una manera distinta a los otros marineros; sentía las cosas de forma más apasionada y, además, cosas que ellos nunca sentirían; por eso vivía solo en lugar de alojarse en uno de los albergues. Cada noche se sentaba en su ventana y miraba la calle. Después, un poco más tarde, se metía un chute de opio en aquel sitio en la esquina de Formosa Street.

Había llegado a Londres por caminos complejos. Estuvo vagueando en el Bund de Shanghái. La fatídica intervención de un *crimp*, uno de esos tipos que se encargan de realizar reclutamientos forzosos, lo llevó a trabajar en un barco británico. Llegó a Cardiff y pasó un tiempo en su barrio chino; y de ahí fue a Liverpool, a Glasgow; y desde allí, con un billete de la Sociedad de Ayuda a los Asiáticos, llegó a Limehouse, donde se quedó por dos motivos: porque

no le costaba nada vivir allí y porque era demasiado vago para buscar un barco que lo llevase de vuelta a Shanghái.

Así llegó a holgazanear y fumar tabaco barato, y a sentarse en su ventana, lugar desde el que había observado muchas veces a la lírica Lucy. Reparó en ella por casualidad. Otro día la observó, aunque esta vez no fue casual. Más tarde la miró durante un largo rato; más tarde aún, comenzó a estar atento a ella y a ese algo extrañamente provocativo que tenía el movimiento de su cabeza y la caída de su faldita azul, como si tímidamente besase su rodilla.

Entonces esa belleza que todo Limehouse se había perdido golpeó a Cheng. Llegó directa a su corazón y gritó hasta en su propia sangre. A partir de ese momento, el espíritu de la poesía floreció en toda su maloliente habitación. Nada era lo mismo. Pennyfields se convirtió en una calle de alegres farolillos y el monótono violín de la casa de enfrente era la música de sus antepasados. Fragmentos de una vieja canción vagaban en su mente: los pequeños y dulces versos de Le Tai-pih,<sup>1</sup> que canturreaban sobre ciruelos en flor, campos de arroz y riachuelos. Día tras día fantaseaba en su ventana o arrastraba los pies por las calles, encendiéndose como una llama si Lucy pasaba y le devolvía seriamente su saludo silencioso. Noche tras noche, también soñaba con la niña pálida y encantadora cual lirio.

<sup>1</sup> Le Tai-pih es un poeta oral chino de la época de la dinastía Tang (618-907), edad de oro de la poesía clásica china. (*Todas las notas son de la traductora*).